

El mundo íntimo de los libros

Eduardo Casar

Un recorrido por el mundo secreto de las bibliotecas de artistas, científicos e intelectuales ofrece el volumen Vida entre libros. Presentamos un comentario de Eduardo Casar, quien se aproxima a los aspectos reveladores de la publicación, así como el prólogo en el que Gonzalo Celorio hace una original revisión de estos paraísos bibliográficos.

Después de haberle sacado la vesícula biliar por laparoscopia a mi mujer, el salvaje del doctor me sentó en su oficina y me puso el video sin darme tiempo de reaccionar y salir corriendo. Entré de pronto en un viaje fantástico a un interior del que solamente conocía la deslumbrante fachada. Mire: éste es el ovario izquierdo, mire cómo lo estoy moviendo. Santo Dios.

Algo parecido me sucedió al entrar en las bibliotecas de *Vida entre libros*. Este bellissimo tomo es una especie de radiografía o resonancia magnética o algo más que no sé definir. Sea lo que sea, es, definitivamente, la exhibición de un espacio íntimo. Tal vez la palabra más exacta sea decir que se trata de una auténtica tomografía.

Lo que vemos afuera lo trae de alguna manera adentro el dueño; todos esos lomos los carga sobre el suyo.

En una biblioteca se condensan lo que fuimos y lo que quisimos ser, el mar que no nadamos y en el que

nos mojamos aunque el agua se haya secado ya sobre los cuerpos.

La frase más común de cualquiera que no tenga un trato frecuente con los libros, al ver una biblioteca personal que se le abre como una pampa inmensa, es: ¿Ya los leíste todos? Esa frase revela la más tierna de las ingenuidades y hace levantarse al raskolnikov de una culpa pequeñita que confiesa que no y que una biblioteca no es solamente una etapa constructiva de nuestro pasado sino también un proyecto de lectura.

Pero también es un espacio de afectividad, donde se van acomodando por el arte de esa magia que se llama personalidad propia, lápices y vasijas, y piedritas, y una esculturita de Ganesha, un lagarto de Tizimín, un caracol del Mar Muerto, y las fotografías de todos nuestros santos patronos, laicos o religiosos, todo un museo del animismo cotidiano, lleno de amuletos, alineado de al-

tares. Todo tan confortable. Otro líquido amniótico, pero éste natural, en el que aprendemos a respirar mejor y a ejercitar nuestras anfibiedades.

Gonzalo usa las palabras *bibliófilo* o *bibliómano*; *usuario* podría ser otra; o *librodependiente*, o *lomofilico* tal vez, que suena grave pero estable. En todo caso una biblioteca es una bio-biblioteca.

O séase que este libro pone en evidencia las partes nobles, nobilísimas y espirituales, de sus constructores.

Yo recuerdo mi primera biblioteca, consistía en cinco libros atesoradamente derechos: *Rayuela* de Cortázar, *Los versos del capitán* de Neruda, *Oh este viejo y roto violín*, *La amada más inmóvil que nunca*, y el primero que compré con mi propio dinero: las obras completas de Baudelaire, en Aguilar, con una traducción espantosa porque quería conservar *ad ovo* la rima del francés, el cual tuve que vender para pagar las consecuencias de mi primer divorcio.

No hay mejor espejo que los otros: cuando miramos esta *Vida entre libros* reflejamos en nuestro cine interno nuestra vida en los nuestros, sean breviaríos o largos o recientes o viejos, con el lomo rasgado por el tiempo o con el lomo virgen por la falta de tiempo.

Y no se trata solamente de retratos de libros: también están el blanco y negro de las palabras de la muy bien enfocada lente verbal de Corina Armella.

Las bibliotecas personales revelan también ciertas circunstancias culturales, que me aclaró mi amigo Jaime Erasto Cortés. En México no hay confianza en las bibliotecas públicas. Un profesor de Texas se puede ir tranquilo a dar clases a Pensilvania porque sabe que allá va a encontrar todo lo necesario para prepararlas. Yo confieso que sólo he usado la Samuel Ramos, de mi Facultad, para sentir que duermo la siesta acompañado.

No hay placer comparable al de meterse a una biblioteca ajena. Cuando diosito escribió lo del prójimo y lo del no desearás en el fondo sagrado se estaba refiriendo no a la señora sino a la biblioteca.

Yo recorrí con lupa las fotografías de este libro; y es que así el deseo se levanta y se escudriña, se pone minucioso y muy hormiga, se vuelve ácaro y ácrata y entra entre libros...

Pues déjenme decirles que en la de Matos Moctezuma hay un paquete sin abrir debajo de la mesa que está enfrente de la chimenea. Es que él es arqueólogo y está esperando las condiciones propicias para ir revelando poco a poco el secreto de su contenido. También tiene junto a *La hija del canibal*, de Rosa Montero, un libro que se llama *Recetas para una buena mesa*. Cada quien saque sus conclusiones de esta particular sintaxis.

En la de García Márquez está la biografía de Bill Clinton, de la que debe de haber sacado ideas para sus *Memorias de mis putas tristes*, aunque no lo haya declarado ante los medios.

También hay unos incunables encarcelados en la de Hugo B. Margáin.

Hay medio cadáver de madera sobre una mesa en la del doctor Peña.

Junto a su escritorio, Ignacio Solares, escritor muy prolífico, tiene una caminadora para desentumirse entre novela y novela, y una gorra para protegerse del sol aunque está bajo techo.

Me gustaron mucho las declaraciones y las instalaciones cibernéticas de Pedro Meyer, y su alegato en favor de los libros electrónicos, actitud muy valiente, como quien baila *reggae* en un salón de vals.

Me emocionó ver la medalla del Premio Nobel en la de Mario Molina; los montones de libros en el piso en la de Jorge Denegre; la vastísima colección de felinos en la de mi admirado maestro Moreno de Alba.

Lo que más disfruté fue ver que Teresa del Conde quiere mucho a sus nietos y se pone al parejo leyendo la saga de *Crepúsculo* y la de Harry Potter, y que está protegida por todos sus ángeles niños sonrisosos.

Tan una biblioteca es una puesta en escena de la biografía, que en la del doctor Sarukhán está sentada una representación tamaño natural de él mismo, reasimilando todo el conocimiento, mientras el joven Darwin desde un retrato enorme vigila complacido esa insólita etapa evolutiva.

Aclaro que en la mía, aquí a mi derecha, en el tercer anaquel, junto a las *Aportaciones a la crítica de mí mismo*, de Benedetto Croce, está *Nosotras queremos un macho alfa*, de Ángela Cortázar; magnífico libro, por cierto, de una ex alumna mía.

En estos tiempos de fomento a la lectura, cuando han crecido tan considerablemente las ferias del libro y los lectores y el respeto a los libros, y el debate acerca de ellos, felicito a Corina Armella de Fernández Castelló y a Héctor Velasco Facio y a mi amigo Lambarri por este libro de libros. La nueva manera de destruir una biblioteca no es quemándola sino no leyéndola. Una manera de preservarla es difundiendo con calidad y orgullo su existencia.

Pero antes de sumirme en la sombra del silencio mi sinceridad me obliga a reflexionar en voz alta ante ustedes acerca de que las grandes bibliotecas impiden los divorcios. Ya cada quien valore si eso es bueno o es malo. Pero pensar en conseguir cajas, mecates, acomodar, subir, amarrar, cargar, sudar... Pedro Meyer diría que qué bonitos son los *usb*, ahora que cargan 32 yigabaytes.